


**ESCRITORES DE
VILLAVERDE**


Agitar conciencias

seguir el alimento hasta llegar a mi hogar. Y valoro enormemente a los trabajadores y el esfuerzo que han realizado en el campo, las granjas, el mar. Incluyo a los transportistas y a los dependientes de mercados y tiendas.

Si ya antes de esto no tiraba alimento alguno, ahora la idea del desperdicio alimentario me enerva, porque además del trabajo detrás de cada producto están las necesidades de buena parte de la población mundial, privada de lo básico.

Así pues, de una tragedia se generan más motivos para agradecer a Dios por sus bendiciones a los que podemos comer a diario y valorar a los que sostienen el país, dándole de comer. Si me regalan, por ejemplo, una galleta cuando voy al herbolario a comprar, me pongo contenta. Sé de personas que no valoran esto y que ponen pegas cuando alguien les obsequia con algún producto. Hay mucho desagradecido suelto. En los niños, es necesario inculcarles



el respeto por los alimentos y por el esfuerzo del prójimo. Además, el rato de la comida, en vez de estar delante de la tele, es muy interesante dedicarlo a charlar con los críos, interesándose por lo que han hecho en el cole, por ejemplo. No en vano, en la mesa se organiza toda una vida social, sobre todo en España, país rico en productos y gastronomía.

Hace poco, me enseñaron el vídeo de una cría de menos de dos años en una boda, la de sus padres. En el convite, daba gusto verla disfrutar de la comida, que tomaba sin ayuda: chupaba la cuchara al terminar y rebañaba con trozos de pan el bol en el que tomó su puré. Su concentración daba que pensar. Creo que la han inculcado que alimentarse es una actividad importante.

R E L A T O

Guillermo Alonso Menchero


Las palabras de la ventana

La ventana estaba más fría que de costumbre. El exterior, inhóspito, prometía una infinidad de posibilidades a cada cual más inhumana, más atroz. Debía hallar motivos para hacer de aquel día algo significativo, pero las palabras se acumulaban en el fondo de la garganta, creando una masa de sinsentidos y una comunicación limitada y desconectada de la Realidad. Aquella ventana era su escudo, la barrera impenetrable tras la que se refugiaba de todo lo que le hacía uno más. Había aprendido a vivir aislado.

Era incapaz de recordar su vida ahí fuera. El deterioro social había sido progresivo pero constante, como una fuerza implacable que abrazó su espíritu hasta apagar por completo las ganas de ser y no ser, vivir y morir. El grueso cristal prometía una quietud que jamás encontraría en un mundo que no había sido hecho para él. Un rectángulo perfecto, un marco que acotaba todo aquello que podía llegar a existir. Desde aquel lado de la ventana no había necesidad de hablar, uno no tenía que definir con etiquetas vacías la

Realidad, porque lo real tan solo estaba dentro, sin más ventanas que la suya, sin más cielo que el observable, sin miedo a errar a la hora de utilizar un término fuera de lugar.

Esa mañana la ventana estaba más fría que de costumbre. Pero allí donde su vista se posara veía algo que no debía estar ahí. Un pájaro alzando el vuelo, un coche mal aparcado, una pareja paseando, la copa de un árbol danzando a merced del viento; una ventana que protegía a un rostro cansado.

Le resultó imposible distinguir los detalles, solo una figura quieta, apenas un contorno que se fundía en la luz gris del exterior. Algo en su postura le resultaba familiar. Incluyó ligeramente la cabeza. Al otro lado, la figura hizo lo mismo. Frunció el ceño. La silueta también. No podía ser un reflejo — las ventanas no estaban alineadas de ese modo —, pero cada uno de sus movimientos se replicaba con una precisión inquietante.

El microcosmos que había logrado construir venido abajo ahora por apenas un espejismo; un fragmento de luz y movimiento donde no debería haber nada, una grieta en la calma que tanto le había costado levantar. Aquellos movimientos se confundían en la distancia, la mirada vidriosa escondía el llanto que pronto brotó de sus ojos. La otra ventana su espejo, aquella habitación su condena.

Una irrefrenable necesidad de hablar se apoderó de él. Debía, por encima de todas las cosas, expresar aquello que estaba viendo. Había perdido la práctica. Las palabras, torpes y esquivas, parecían deshacerse antes de llegar a la boca. Pero sabía que al otro lado de la otra ventana algo estaba a punto de ser pronunciado. No sería mucho, pero aquellas serían las palabras más importantes jamás enunciadas a ese lado de la ventana.

“Soy, estoy”, dijo sin dudar.

NO AL CREMATORIO

En mi barrio las incineradoras, las plataformas logísticas y los crematorios aborrecen el oxígeno, y tiznan de gris nuestros pulmones.

El ruido de la M40 no nos deja escuchar el sonido de los pájaros.

La depuradora huele a aguas fecales y en verano a excrementos fermentados.

En el parque del Manzanares, las montoneras de escombros no nos dejan ver el verde del paisaje.

Llegar a los edificios de oficinas es toda una aventura, que incrementa en más de dos horas una jornada laboral que se hace interminable.

En el polígono solo quedan prostitutas y naves ocupadas por personas que se inyectan ponzoña y no quiere ver nadie.

El trabajo estable es una cosa del pasado, y los parados esperan en la puerta del Obramat que un pirata se los lleve a recoger cascotes sin derechos laborales.

El absentismo escolar está ligado al fracaso de unos padres que jugaban en los parques infantiles rodeados de jeringuillas oxidadas.

No pueden hipotecarse para pagar los estudios superiores de sus hijos, y éstos terminan lamentándose de su precariedad, sentados en la plaza con una *yonkilata*.

Malviven con 420 euros y, abocados al fracaso, consumen alimentos procesados y bollería industrial hasta matarse.

Las urgencias de los hospitales se colapsan. Han desmantelado los SUAP, y en los centros de salud los médicos, agotados, piden el traslado.

Ya no hay cines ni teatros, solo casas de apuestas que juegan con el hambre de tus hijas, y centros comerciales que te ofrecen carne putrefacta.

Con este panorama, si no te medicas eres un bicho raro, que acabará durmiendo con un cartón de vino al raso.

Las suicidas esperan en el andén del metro cómo resolver los problemas aritméticos que las impiden pagar un alquiler desorbitado.

Los caseros no empadronan a las migrantes, y éstas no pueden justificar su residencia, mientras el Ayuntamiento las quiere sin derechos para que las siga explotando la gente de su clase.

En los cubos de basura hay competencia en busca de alimentos caducados.

Las calles están sucias, y no es raro ver salir de las alcantarillas a las ratas.

Y para colmo Parcesa quiere quemar muertos, con el beneplácito del Ayuntamiento, al lado de tu puerta.

Lo que no saben es que los barrios del sur están asfaltados porque las vecinas un día, hartas de pisar charcos, gritaron “¡Basta!”.

Y no pararon de luchar hasta que no se consiguieron las 40 horas semanales.

La educación gratuita para sus hijas.

Una sanidad pública y universal para todas.

Que las mujeres puedan interrumpir libremente y sin jugarse la vida su embarazo.

Que las personas con movilidad reducida pudiesen circular sin trabas.

Que los gays, las lesbianas y les transexuales saliesen del armario.

Una vivienda digna para cada gitana.

Y no van a permitir un crematorio al lado de sus casas.

¡No al crematorio!

JOSEF ANTONI


R E L A T O

Max Rigel


Luna llena de abril

Vi al atardecer una estela atravesar la luna llena de abril. La luna rodar jugando sobre ella y separarse ambas.

Una hacia mi cenit y la otra a complacer los sueños de los inmigrantes del mundo, de los parientes pródigos y de los eternos amantes.

La del cenit anda ya entre las colinas huecas y las serpientes de los cuentos.

La que iba al sur ha descubierto su propio camino, donde todos son iguales y felices. Tiene su coche ceniciento y sus corceles de paja, la guía un buen viento y reposa en Guardalavaca.

Ambas se encontrarán en el golfo de México. Hay que ayudarlas.

Escritores de Villaverde
DONDE NACE LA PASIÓN

**RECOMENDACIONES
MES DE MARZO**

CONÓCENOS
Blog de artes literarias

**SÍGUENOS
TAMBIÉN EN INSTAGRAM**